

Hoy existe en Venezuela un mayor y más evidente deterioro del Estado de Derecho y estamos ante una violencia política que progresivamente ha ido incrementándose, lo que nos revela que los factores que desencadenaron el Caracazo están hoy repotenciados y el déficit institucional que existe es su más férrea garantía.

dictada por la H. Corte, los familiares de las víctimas y las personas afectadas directamente quieren insistir, como lo han hecho durante estos quince años de lucha contra la impunidad, en que las acciones indemnizatorias son sólo una parte de las reparaciones a las que tienen derecho y que la justicia y la verdad no son negociables bajo ninguna circunstancia. El Estado venezolano, como lo establece la sentencia de la Corte Interamericana, tiene que cumplir con su principal responsabilidad, la cual no es otra sino investigar los hechos de manera independiente y exhaustiva, establecer responsabilidades penales, civiles y administrativas y castigar a los responsables materiales e intelectuales de estas violaciones a los derechos a la vida, la integridad personal y al debido proceso. De manera especial deben ser investigados imparcialmente quienes desde las instancias judiciales y desde el Ministerio Público han permitido que estos gravísimos crímenes contra los derechos humanos permanezcan absolutamente impunes, tal y como lo expresa contundentemente la sentencia de reparaciones dictada por al Honorable Corte Interamericana en fecha 29 de agosto de 2002.

En el estado actual de intolerancia política y de aumento de la violencia el cumplimiento de la sentencia relativa a los sucesos de febrero y marzo de 1989 reviste una vigencia inocultable, muy especialmente en lo referente a control del orden público y a la impunidad.

Los hechos del Caracazo han contado con una impunidad institucionalizada que ha ido socavando las bases del régimen democrático. Hoy existe en Venezuela un mayor y más evidente deterioro del Estado de Derecho y estamos ante una violencia política que progresivamente ha ido incrementándose, lo que nos revela que los factores que desencadenaron el Caracazo están hoy repotenciados y el déficit institucional que existe es su más férrea garantía. Cumplir la sentencia dictada por la Corte en este caso no sólo es una obligación internacional ineludible sino que es una oportunidad preciosa e impostergable para profundizar la democracia y ganar espacios para la paz.

En Caracas a los 27 días del mes de febrero de 2004

Esq. Candilito - Edif. El Candil - piso 1 - Ofic. 1-A - La Candelaria. Apartado 16150 - La Candelaria - Caracas 1011-A - Venezuela - Telefonos: (58-2) 572.96.31/ 572.99.12/572.62.20 - Fax (58-2) 572.99.08

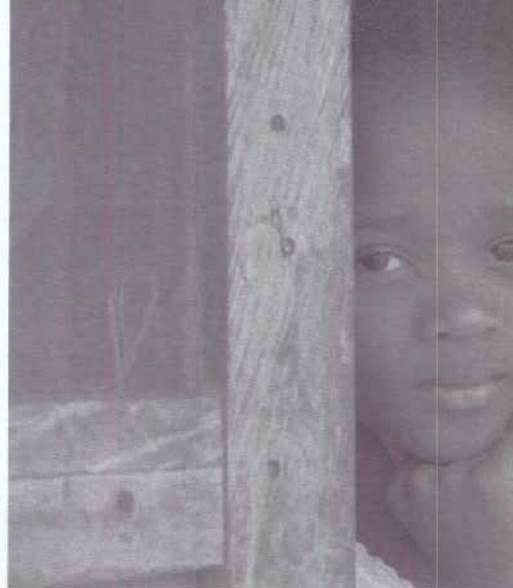


FOTO: Cortesía ACNUR

Una voz desde el silencio La historia de una huída en busca de un refugio

Judith Rodríguez

Nació en Colombia, pero su país no puede garantizarle los más elementales derechos humanos: la vida y la libertad. Llegó a Venezuela, no por decisión, sino por falta de opciones. Aquí no vive, sobrevive en una nación que no le garantiza las necesidades básicas ni siquiera a sus ciudadanos. Mucho menos a ella.

Los refugiados colombianos que han cruzado la frontera hacia nuestro país son un grupo de más de cien mil vidas maltratadas. Apenas un dos por ciento de ellos ha solicitado formalmente el estatuto de refugiado, pero el 99 por ciento restante también es parte de la realidad venezolana, aunque no lo haya

El Estado venezolano teóricamente ha dado grandes pasos en materia de protección a refugiados. La redacción de la Ley Orgánica sobre Refugiados o Refugiadas y Asilados o Asiladas (LORRAA), de su Reglamento y la instalación de la Comisión Nacional para los Refugiados, son acciones que dan fe de un interés por la situación. Pero en la práctica, la realidad desborda la legislación.

pedido. Tal vez porque no sabe de papeles, y si sabe, no quiere perder tiempo en burocracias. O quizás es que su vida depende de que no se sepa dónde está. Y es que el refugio, por donde se le enfoque, es la historia de gente en situaciones extremas.

Mientras, unos y otros esperan bajo el sol en Venezuela, todos agradecen que por lo menos no los deporten, pues más allá de la frontera la muerte física y la tortura mental son una garantía. Estas personas han visto los horrores de una guerra que no entienden, que ha perdido su norte inicial –si es que alguna vez lo tuvo– y ahora sólo parece estar inspirada por el poder ciego y el control bárbaro de la tierra.

El Estado venezolano teóricamente ha dado grandes pasos en materia de protección a refugiados. La redacción de la Ley Orgánica sobre Refugiados o Refugiadas y Asilados o Asiladas (LORRAA), de su Reglamento y la instalación de la Comisión Nacional para los Refugiados, son acciones que dan fe de un interés por la situación. Pero en la práctica, la realidad desborda la legislación. El atraso en los procedimientos ha ido acumulando el número de casos por resolver, y los refugiados siguen confinados, con el futuro secuestrado y sin la protección especial, enmarcada en el Derecho Internacional Humanitario, que obliga a los Estados a atender y proporcionarles unas condiciones de vida medianamente óptimas.

Para Colombia es un caso de desintegración sociocultural. Para Venezuela es un problema humanitario y de seguridad de Estado, y por lo tanto, no debe verse a la ligera, pero tampoco dejarse al olvido.

Un refugiado puede ser visto como un problema, como una víctima, como una amenaza, como un caso, como una noticia, como una estadística... Pero nunca puede quitársele la condición humana intrínseca en toda persona. Ése es un estatuto que nada ni nadie puede vulnerar. Es una condición que no necesita reconocimiento oficial alguno.

Alicia

Llueve. Pero la lluvia del campo no se asemeja a la de la ciudad.

En la urbe este fenómeno suele ser una maldición. Cuando arrecia un aguacero las calles se truncan, se inundan; la gente corre para resguardarse, nadie quiere mojarse.

En el llano el agua es vida; no es desorden, ni caos. Es calma y quietud. Es frescor; alboroto de zancudos, fiesta de sapos y silencio de aves, juego de niños y descanso de adultos.

Cuando llueve, el calor se humedece y se pega a la piel del llanero, a sus ropas; se respira con el aire. La brisa, antes abrasadora, se mezcla con el vapor que asciende de los caminos y finalmente se torna fría. Los huecos de las carreteras se llenan y se desbordan haciendo pequeños ríos a los lados de las aceras.

“Aquí la gente aguanta agua como sol”, afirma con una sonrisa el Padre Acacio, párroco de la parroquia de El Nula, un poblado perdido entre las selvas de San Camilo en el Estado Apure que dista menos de una hora de la capital del Táchira, San Cristóbal, si el viajero lleva su carro particular.

Cuando llueve, Alicia prácticamente no puede cocinar porque el fogón está afuera de la casa, en un ranchito hecho con palos y láminas de zinc. A la entrada de su vivienda de bloque, compuesta de un baño y una habitación que hace de dormitorio, comedor y recibidor, se hace un charco algo difícil de sostear.

“Vea a ver si el agua está hirviendo”, le dice a su hija mayor, Berta, de 8 años. La manda que se ponga el impermeable amarillo, viejo y roto, que está detrás de la puerta. La niña obedece y desaparece por el umbral de la vivienda al mismo tiempo que una gallina que buscaba refugio para proteger a sus polluelos del aguacero.

El rostro de Alicia, cansado, sudoroso y con algunas arrugas tempranas –pues sólo tiene 35 años de edad–, se alegra al recibir la visita de Darío, el monitor del Servicio Jesuita a Refugiados (SJR) de Guasualito, quien viene a terminar de llenar los datos del Cuestionario para la Determinación de la Condición de Refugiado y la planilla del informe socioeconómico; también para ver qué necesita la familia o en qué puede ayudarlos la organización católica que representa.

–¡Sí, mamá!– dice Berta, entrando azorada y escurriéndose el agua.

–¿Ya? Bueno mi amor, apáguele–. Y la niña vuelve a salir corriendo.

La frágil alegría de Alicia se diluye cuando tiene que recordar el pasado. Su historia le duele, la pérdida de su marido y meses de miedo e inseguridad no se borran de su mente, ni de su corazón.

Su mirada se pierde en el vacío al relatar lo sucedido, pero ante la pregun-



Un refugiado puede ser visto como un problema, como una víctima, como una amenaza, como un caso, como una noticia, como una estadística... Pero nunca puede quitársele la condición humana intrínseca en toda persona.

ta de cómo está su situación laboral, sus ojos vuelven a irradiar luz. La esperanza no la abandona, menos ahora, que tiene la oportunidad de montar un carrito para vender empanadas en las mañanas y perros calientes por las tardes. Aunque todavía le preocupa que necesita algo de dinero para esa inversión, su ánimo ahora está arropado por la ilusión de poder dar de comer diariamente a sus tres hijos, dos varones y una hembra.

Tomando el fresco

Alicia forma parte de los miles de colombianos que habitan en la zona fronteriza que comparte su país con el nuestro.

Salió de Colombia porque había recibido varias "advertencias" de que se la querían "llevar".

El esposo de Alicia, Sergio, formaba parte del cuerpo de policía de un poblado llamado Cravo Norte, localizado en el departamento de Arauca, territorio que colinda con el Alto Apure venezolano.

Cuando la pareja contrajo matrimonio, ella se fue a vivir a la comandancia del pueblo con su marido y comenzó a trabajar como cocinera.

Relata nostálgica que por aquellos días, antes de que vinieran los hijos, salía a pasear con su esposo: caminaban de la mano, tomaban "el fresco" de las calles del pueblo, se encontraban con los amigos y se divertían. Como cualquier pareja en cualquier sitio.

"Pero de la noche a la mañana cambiaron las cosas —comenta casi con desdén—. Dicen que la misma policía fue la que dañó el pueblo, eso se llenó de guerrilla y comenzaron a hostigar el puesto (policial). Todas las noches eran bombas, heridos, muertos. Las mujeres de los policías no podían salir a la calle".

Así es. Como Cravo Norte, muchas poblaciones colombianas, rurales y urbanas, han perdido la tranquilidad y la seguridad. Luego que las conversaciones de paz adelantadas por el ex presidente Andrés Pastrana se desgastaran, y que el nuevo mandatario, Álvaro Uribe, iniciara su política de enfrentamiento directo contra la guerrilla, la confrontación se ha intensificado.

El periodista e internacionalista Alfredo Rojas sostiene que era evidente que se produciría un repunte del conflicto armado porque "la promesa básica de Uribe fue combatir llanamente a los irregulares, y eso se traduciría en

más desplazamientos de colombianos hacia Venezuela".

La forma más usada por los neogranadinos para cruzar la frontera hacia nuestro territorio es individualmente o con su grupo familiar "por goteo", como lo describen las ONG que trabajan el tema de refugio. Quizá la razón descansa en que ese tipo de llegada llama menos la atención de medios y autoridades, y la mayoría de las personas que entran a Venezuela en esas condiciones quiere pasar inadvertida.

Darío Amador, Monitor del SJR —Guasualito, comenta que a veces las personas no quieren solicitar refugio formalmente por miedo. Virginia Trimarco, Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) en el Norte de Sur América, comentó en el foro "Refugiados: rostros ocultos", realizado en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB) el 20 de junio del año en curso, que un arqueo realizado por esa organización arrojó que más de 100 mil colombianos actualmente residenciados en los estados fronterizos venezolanos, son potenciales solicitantes de refugio, pero sólo un mínimo porcentaje de ellos formaliza su petición.

Noches batidas

Después de que Cravo Norte fuera tocado por la guerra, los policías comenzaron a patrullar más seguido. "Hasta llegaron a maltratar gente, y cuando hacían *batidas*, esa noche hostigaban el puesto", cuenta Alicia, refiriéndose a las distintas operaciones armadas ofensivas contra la guerrilla que los oficiales llevaban a cabo ocasionalmente.

Más de una vez se difundió el rumor de que la guerrilla se iba a meter a la comandancia. Cuando eso pasaba, la población entera se desplazaba. Las únicas presencias femeninas que quedaban en Cravo Norte era la de Alicia y su niña.

Los días que esperaban ataques, ya alrededor de las cinco o seis de la tarde, escondían a los niños en unos túneles que habían cavado en la tierra, una especie de trinchera. Alicia debía quedarse afuera para atender a los heridos; así que, luego de ocho años de fungir como enfermera en cada enfrentamiento, todos conocían el nombre y el rostro de la mujer de Sergio. Tal labor le hizo ganar muchos enemigos ¿Quién diría que ayudar le sería un arma de doble filo?

La forma más usada por los neogranadinos para cruzar la frontera hacia nuestro territorio es individualmente o con su grupo familiar "por goteo", como lo describen las ONG que trabajan el tema de refugio.

La noche que hirieron a Sergio, a él le tocaba trabajar en una caseta de vigilancia, hacia los límites del terreno de la comandancia.

Ya entrada la noche, fue a despertar a su mujer para que le hiciera de comer. Alicia al punto se despertó y se fue a la cocina de la comandancia a preparar unos huevos para su marido. En eso estaba cuando escuchó los disparos, pero no le pareció nada raro.

Cuando la comida estuvo lista, salió a buscar a Sergio a la caseta donde estaba de guardia. Al llegar no lo vio y preguntó al resto de la tropa por él. Nadie quiso dar razones.

Estuvo dando vueltas tratando de ubicarlo hasta que decidió regresarse a la comandancia; pero la alcanzó un Cabo:

—Vieja, vaya y guarde eso, y póngase un uniforme (única manera para salir del cuartel) y váyase al hospital con la patrulla.

—¿Qué pasó?

—Sergio está en el hospital.

No dijo nada más.

Sergio estaba vivo cuando Alicia llegó al hospital, pero necesitaba una operación urgente que sólo podía ser realizada en la capital del departamento, la población de Arauca, por lo que debía esperar hasta las seis de la mañana del día siguiente a que llegara el helicóptero que lo trasladaría.

La voz de Alicia se mantiene firme mientras sus lágrimas resbalan cuando describe: "llamaron para Arauca y dijeron que el helicóptero iba antes de las cinco de la mañana a recogerlo. Se llegaron las seis de la mañana y nada. Las siete de la mañana y nada que llegaba el helicóptero. A las siete y media murió él".

Un camino sin retorno

Después de la muerte de Sergio, Alicia siguió viviendo y trabajando en la comandancia. Gracias a ese empleo podía alimentar a su familia y a la vez estaba protegida. Pero un año más tarde, tomaron el puesto policial, "lo tumbaron todo... todo. No quedaron ni las paredes", dice con tristeza.

Los oficiales que sobrevivieron fueron los que informaron en Arauca que en la comandancia había quedado una señora con sus hijos. Pedían al gobierno no desampararla, pues ella, que tenía ya ocho años trabajando allí, era viuda de un policía que fue asesinado en un enfrenta-

miento y ya se había ganado tantos enemigos como cualquier otro policía.

Desde Arauca se envió directamente un oficio a Bogotá y se aprobó el traslado de Alicia desde Cravo Norte hasta aquella población.

"Allí me dieron un contrato de los restaurantes de los oficiales, trabajé tres años mientras el coronel que estaba me prestaba la ayuda. Después llegó otro coronel, Rodríguez. Tal parece que yo no le caí bien a ese señor porque fue el único que me hizo la guerra, hasta que me sacó".

Varios amigos le aconsejaron a Alicia que enviara una notificación a Bogotá, que demandara ayuda en atención a los años que había servido a la policía. "Ese fue el peor error que cometí", afirma ahora con pesar. Poco después recibió las primeras advertencias, que la instaban a abandonar el país o a quedarse y esperar cualquier cosa.

Alicia huyó de Arauca sin saber quién la perseguía. Ella piensa que fue el coronel Rodríguez; unos dicen que como había trabajado tanto tiempo con la policía los paramilitares querían que fuera su cocinera; otros, que era la guerrilla quien la buscaba... Lo cierto es que no podía dormir, pensando que en algún momento alguien vendría por ella y por sus hijos y se la llevarían quién sabe a dónde.

Una amiga se le acercó un día y le dijo: "tenga cuidado, váyase, saque a los niños, saque a la niña del colegio. Váyase porque se la van a llevar". Para ese momento ya se habían metido en su casa dos veces, revolvieron todo sin robar nada, nunca se supo quién penetró en la vivienda.

Un final que es apenas un comienzo

Jesús Machado, s.j., Coordinador del SJR - Alto Apure, sostiene que la extensión del conflicto armado colombiano, aunada a la reciente escalada de violencia y la consecuente imposibilidad de una huida interna, son las razones que impulsan a los campesinos a abandonar su país.

Alicia se decidió a cruzar la frontera porque conoció a una señora que venía de noche a trabajar a Venezuela y que le ofreció no sólo traerla, sino también un espacio en El Manguito, un sector de la población de Guasqualito en el Estado Apure, donde podría trabajar y mantener a sus hijos.

Muchos tropiezos ha encontrado, pero no deja de afirmar con seguridad

Es curioso cómo, en medio de su pobreza, la gente se siente integrada, y entonces hay una primera fase de solidaridad, alimentada por el trabajo de concienciación e incidencia que hemos realizado.

que en Venezuela ha encontrado ayuda y respaldo. "A veces no tengo qué darles a los niños; entonces salgo y con algo llego a la casa, quizá con arroz; con algo que me aportan los vecinos. Cuando la inundación hasta mercados me agarraban a veces". Recuerda Alicia aquellas crecidas de los ríos Araure, Sarare, Uribante y Caparo, que anegaron las calles y casas de Guasdualito, El Nula, La Victoria, El Amparo, Puerto Infante, La Trinidad de Orichuna y Elorza, entre otras poblaciones, en julio de 2002, y que no hicieron distinción entre locales y extranjeros dejando a su paso más de 40 mil damnificados; cinco personas fallecieron en la tragedia.

Alfredo Infante, s.j., Director Nacional del SJR - Venezuela, refiere que existen varios niveles de recibimiento a los refugiados y que el primer escalafón está compuesto por las comunidades. "Regularmente, los apureños son sujetos receptores muy importantes, que conviven bajo el criterio evangélico de dar y de acoger. Es curioso cómo, en medio de su pobreza, la gente se siente integrada, y entonces hay una primera fase de solidaridad, alimentada por el trabajo de concienciación e incidencia que hemos realizado. Después hay otros niveles que incluyen instituciones básicas, escuelas, centros de salud, y finalmente los entes gubernamentales y militares propiamente dichos". Éstos últimos no necesariamente dan la misma bienvenida.

Edis Urribarrí, jefe de información de Radio Fe y Alegría de Guasdualito, afirma que las autoridades regionales no quieren hacerse cargo del asunto. A su vez, el periodista Rojas mantiene la idea de que la zona fronteriza ha sido tradicionalmente desatendida por parte de los distintos gobiernos venezolanos a lo largo de la historia: "es un territorio sin población, sin ley, olvidado".

Sin embargo, contraviniendo la teoría de Infante, integrantes de la Comisión Nacional para los Refugiados como Ricardo Rincón, Valentín Nodas y Tarek William Saab, mantienen que es la Fuerza Armada Nacional, con sus distintos componentes: Ejército, Guardia Nacional, Aviación y Armada, la primera en recibir a los refugiados.

Esa afirmación no se aleja mucho de la realidad, puesto que en casos de afluencias masivas como las acontecidas en el Estado Zulia en 1999, fueron los entes militares apostados en la frontera los primeros en atender a esos colom-

bianos, que luego fueron devueltos a su país. Esta devolución le costó la vida a muchos de los que vinieron buscando protección. Pero en ese momento los civiles venezolanos habitantes de la zona fungieron también como entes de acogida.

A fin de cuentas, la realidad no se puede esquivar: Alicia está en Venezuela y si le preguntan si volvería a Colombia, respondería con su voz, siempre serena, "No". Y se callaría. Y su mirada se perdería en el recuerdo doloroso de una vida maltratada.



Judith Rodríguez. Miembro del Servicio Jesuita de Refugiados